

Los 3M:

Miramón, Márquez y Mejía

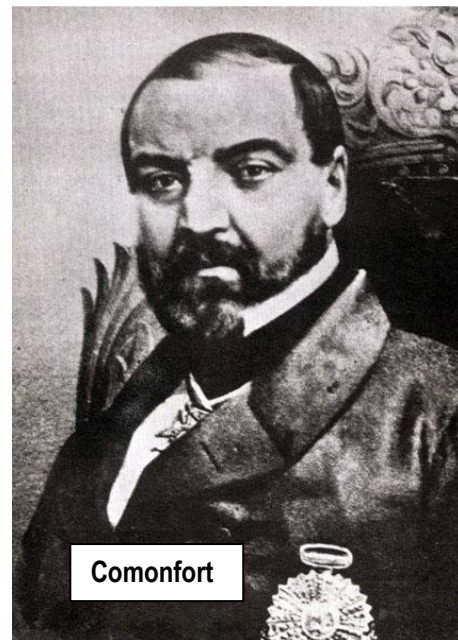
Un hecho que debe conocerse y no olvidarse

Por Arturo Ocaña

A mediados del siglo XIX, precisamente el 5 de febrero de 1857 se promulgó la Constitución que debería regir la vida de la República Mexicana. Esta Constitución era de avanzada, de clara ideología liberal, lo que incomodaba a los conservadores que desde México independiente defendían sus privilegios e intereses. De hecho, esos privilegios los defendieron desde antes de la consumación de la Independencia, mediante las gestiones de Agustín de Iturbide, como lo consigna Altamirano¹

Era presidente Ignacio Comonfort a quien, con la promulgación de la Constitución, se le vino el mundo encima ya que la Iglesia Católica, que con esa nueva ley perdía sus grandes privilegios y gran parte de su poder económico, azuzó al pueblo en contra de su aplicación, apoyada, por supuesto, por los conservadores, entre los que había no pocos militares.

Felix María Zuluaga era un general de pensamiento conservador que, junto con el gobernador del Distrito Federal, Juan José Baz y algunos políticos promulgó el *Plan de Tacubaya* con el fin derogar la Constitución y dar poderes totalmente abierto a Comonfort para que así lo hiciera. El plan decía:



Considerando que la mayoría del pueblo no quedó satisfecha con la Constitución; que el país debe regirse por leyes acordes con sus usos y costumbres; a partir de esta fecha cesa de regir la Constitución; el presidente Comonfort conserva tal carácter, pero con atribuciones omnímodas; a los tres meses el propio Presidente convocará a un Congreso constituyente para que elabore un nuevo código que será sometido a la aprobación de todos los habitantes de la República.

Telégrafo a Manuel Doblado, Ciudad de México, 17 de diciembre de 1857.

¹ Altamirano Ignacio Manuel, *“Historia y Política de México, 1821 – 1882”*, Edición Digital Antorcha, en www.antorcha.net (Consultado el 7 de octubre de 2011)

En cuanto se publicó el Plan, Benito Juárez, que era el Presidente de la Suprema Corte, fue detenido y encarcelado, en tanto que Guillermo Prieto, Manuel Ruiz y Antonio de la fuente, funcionarios de Comonfort, renunciaron a sus puestos.

La Iglesia Católica emitió una circular en la que anunciaba que aquéllos que se mantuvieran fieles a la Constitución de 1857 quedarían excomulgados y que aquéllos que en el pasado jurasen a Constitución pero apoyaran ahora al Plan de Tacubaya serían perdonados²

Comonfort, que era un liberal moderado, titubeó más de lo esperado, por lo cual Zuloaga logró convencer a una parte del ejército para que se rebelara y lo quitara del poder. Comonfort tuvo que escapar pero, antes de hacerlo, ordenó la liberación de Juárez. Se inició así la Guerra de los Tres Años o Guerra de Reforma, su duración fue del 17 de diciembre de 1857 al 1 de enero de 1861, y durante ellos hubo dos gobierno simultáneos, el de los liberales, presidido por Benito Juárez, y el de los conservadores, por varios personajes entre los cuales el más destacado es el general Miguel Miramón y sus dos subordinados, Leonardo Márquez y, posteriormente, Tomás Mejía.

Miramón – al que actualmente muchos tratan de reivindicar pese a las evidencia de su traición a la Patria – fue uno de los participantes en la batalla de los cadetes del colegio militar contra los invasores estadounidenses. Se le consideraba como uno de “los Niños Héroes de Chapultepec”. Los estadounidenses lo hicieron prisionero y posteriormente lo liberaron.

Cuando el general en jefe de las tropas conservadoras, Luis G. Osollo fue muerto. Miramón quedó como el principal jefe militar de los conservadores a los que derrotó en varias batallas, junto con Leonardo Márquez. Logró sitiar a Juárez en Veracruz pero no pudo derrotar a sus tropas.

Y aquí empieza nuestra historia.

En abril de 1859, tras el fracaso de Miramón ante Veracruz, su principal apoyo, Leonardo Márquez, logró derrotar a uno de los principales caudillos de Benito Juárez, al liberar Santos Degollado. Esto ocurrió precisamente en Tacubaya.

Juan A. Mateos relata:

“ El 11 de abril trabóse una batalla en las lomas de Tacubaya, y el general Degollado resolvió emprender una retirada, señalando una corta sección que resistiera el empuje de los soldado de la guarnición de México. Esta sección combatió con valor hasta agotar sus municiones: la villa fue invadida, el palacio arzobispal ocupado por los soldado de la reacción, que viendo vencidos a sus enemigos les hicieron fuego y los lancearon en todas partes, sin hacer distinción entre los heridos.

² Wikipedia. Guerra de Reforma. (Consultado el 4 de septiembre de 2011)

Algunos jefes y oficiales quedaron prisioneros al terminar acción del día 11. Los heridos no pudieron seguir la retirada, y quedaron en hospitales improvisados en el arzobispado, y en algunas casas particulares. Con ellos quedó el jefe del cuerpo médico – militar y tres de sus compañeros que creyeron inhumano y desleal abandonar a hombres cuyas vidas podían salvar, cuyas dolencias podrían mitigar³.



En aquellos tiempos, Tacubaya no estaba integrada a la ciudad, sino que se consideraba como un lugar cercano a ella, en la que había grandes casas de “veraneo” y la población se consideraba “fuera de la ciudad de México”. No obstante, como hoy puede constatarse, estaba bastante cerca.

Esta situación geográfica provocó que se difundiera la información de que en la batalla que se avecinaba, había muy poco personal médico capacitado, razón por la cual, los estudiantes de medicina, especialmente los más avanzados en el programa de estudios, decidieran ir a Tacubaya para dar asistencia médica a los heridos, sin importar a cual bando pertenecieran. Según Mateos, muchos de ellos lo hicieron para “completar su educación”.

“La contienda había concluido; contienda entre compatriotas y hermanos, no quedaba para el vencedor más que el triste y piadoso deber de curar a los heridos, de sepultar a los muertos y endulzar la suerte de los prisioneros; esto habría hecho cualquier caudillo que hubiera tenido de su parte el derecho y la legitimidad.

“Pero pocas horas antes había llegado a México don Miguel Miramón como primer jefe del ejército que anunció iba a tomar Veracruz y sin haberse atrevido a atacarla. Humillado, caído en ridículo, prófugo, quiere vengar los desastres que debe a su impericia y vuela Tacubaya.

“... Miramón reúne en San Diego a Márquez y Mejía; sabe allí los nombres de algunos de los prisioneros, y estos tres hombres reunidos en un claustro decretan la muerte de los vencidos, y de cuantos se encuentren en su compañía. Estos tres hombres pronuncian el ‘vae victis!’⁴, de los tiempos más barbaros. Varios jefes palidecen al recibir las órdenes de los asesinos: pero hay cobardes que se encargan gustosos de la ejecución de la matanza.

“Los soldados caen sobre los heridos; penetran hasta los lechos que les había preparado la caridad, y allí los acaban a lanzadas, animados por la voz de Mejía.

³ Todas las citas textuales de Juan A. Mateos están tomadas de: Payno Manuel y Riva Palacio Vicente, “El Libro Rojo”, Editorial “Cien de México, Conaculta”, 1989 (segunda reimpresión, 2006), México

⁴ Es la frase que usaban los generales romanos cuando les presentaban a los prisioneros. Significa “¡Ay de los vencidos!”

“Los médicos, pocas horas antes habían dicho a un oficial que estaban prestando socorros urgentes a los heridos. El oficial les dijo que habían muy bien en cumplir su deber, y desde entonces los auxilios de la ciencia se impartirlos por ellos, sin distinción, a liberales y conservadores⁵”

Este oficial fue uno de los que se resistió a la orden de Miramón, Márquez y Mejía, quienes esperaron a que anocheciera para hacer que se cumpliesen plenamente sus órdenes.



Leonardo Márquez

“ En el jardín del Arzobispado sucumbió la primera víctima, el general don Marcial Lazcano, antiguo militar que acababa de batirse con un valor admirable, y que al ser conducido al suplicio fue insultado por oficiales que habían sido sus subordinados, y a quienes había corregido faltas de subordinación y disciplina. El general les dijo: ‘Hay cobardía y bajeza en insultar a un indefenso’.

Inmediatamente corrieron la misma suerte el joven José M. Arteaga, el capitán José López y el teniente Ignacio Sierra. Los cuatro murieron con valor, y fueron fusilados por la espalda; los cuatro animaron a sus verdugos diciéndoles ‘No tiemblen al disparar’.

“Los médicos oyeron los tiros, conocieron lo que pasaba, y sin embargo, siguieron haciendo vendajes y practicando amputaciones. Hubo quien dijera a don Manuel Sánchez que huyera, y él, mostrando un instrumento quirúrgico que tenía en la mano, y al enfermo a quien operaba, dijo ‘No puedo abandonarlo’.

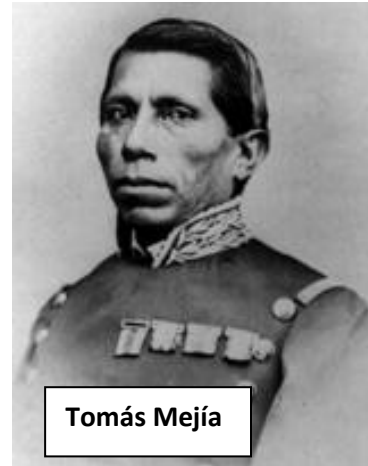
“La soldadesca llega hasta las camas de los heridos, arranca a los médicos y a los estudiantes de las cabeceras de los pacientes, y un momento después caen acribillados por las balas Idelfonso Portugal, Gabriel Rivero, Manuel Sánchez, Juan Duval [súbdito inglés] y Alberto Abad.

Portugal pertenecía a una de las familias distinguidas de Morelia, era notable por su ciencia y por su filantropía, y era primo hermano de Severo Carrillo, el llamado ministro de guerra de Miramón. Por su parte, Rivero ejercía funciones de jefe del cuerpo médico del ejército federal, y no quiso retirarse cuando salieron las tropas. Sánchez fue el que permaneció al lado de los enfermos aunque se le advirtió el peligro que corría. Duval era un hombre estimado por su caridad, por la conciencia con que ejercía su profesión, y que jamás se había afiliado a los bandos políticos.

⁵ Mateos, J.A., *Los Mártires de Tacubaya*”, en Payno M, y Riva Palacio ., *El Libro Rojo*, Editorial Los Cien de México, Conaculta, 2006, México.

“Con estos hombres eminentes que así terminaron una carrera consagrada a la ciencia y a la humanidad, perecieron dos estudiantes: Juan Díaz Covarrubias y José M. Sánchez”⁶.

Hay en la actualidad, muchos reaccionarios de la nueva ola, que luchan a toda costa por quitar a Miramón el adjetivo de Traidor. Se trata tal vez de una empresa imposible porque los hechos hablan por sí mismos, pero remotamente, podría amortiguarse su calidad de traidor (fue el defensor de un príncipe extranjero que vino a gobernarnos), pero la de asesino, queda fuera de toda discusión. Continuemos con Juan A. Mateos.



“Díaz Covarrubias tendía 19 años; era hijo de Díaz, el célebre poeta veracruzano, su aspecto era simpático, en su frente se veían las huellas prematuras del estudio y de la meditación. Estaba para concluir los cursos de la escuela, y consagraba sus ocios a cultivar las bellas artes. Es autor de varias novelas de costumbres y de poesías líricas, que revelan una alma pura, sensible y ansiosa de gloria. Todas sus ilusiones juveniles, todas sus esperanzas se extinguieron cuando le anunciaron que lo llevaban a la muerte.

Este joven, este niño, pidió que se le permitiera despedirse de su hermano: los verdugos le dijeron que no había tiempo. Quiso escribir a su familia; los verdugos le dijeron que no había tiempo. Pidió un confesor, los verdugos le dijeron que no había tiempo. Entonces el poeta regaló su reloj al oficial que mandaba la ejecución, distribuyó sus vestidos y el dinero que tenía en los bolsillos entre los soldados; abrazó a su compañero Sánchez, y resignado y tranquilo se arrodilló a recibir la muerte.

Estamos acostumbrados a la que tropa, los soldados, sean máquinas de obedecer, sin sentimientos, sin humanidad. Se les ordena matar o ser matados para que los jefes alcancen sus objetivos y lo hacen sin más ni más. Pero a veces eso no ocurre. Díaz Covarrubias acepta con valor su absurdo destino en manos de Miramón y se arrodilla, decidido a aceptar su destino.

“ El oficial dio con acento ahogado la vez de fuego, y los soldados no obedecieron, la repitió dos, tres veces, y al fin, sólo dos balas atravesaron el cuerpo del joven; sólo dos soldados dispararon sus armas. Los soldados lloraban. Díaz Covarrubias, agonizante, fue arrojado sobre un montón de cadáveres. Algunas horas después aún respiraba. [Se enteraron Miramón, Márquez y Mejía y]... ¡Entonces lo acabaron de matar, destrozándole el cráneo con las culatas de los fusiles!

⁶ Mateos J.A., Op. Cit. Pags 402 - 404

Mateos se pregunta cómo será calificada esa conducta en el resto del mundo que no tiene parangón. Comenta:

“ Se ha visto entrar a saco a los ejércitos en país enemigo; se ha visto el incendio de las ciudades; se han visto actos de crueles represalias; pero ni en los tiempos bárbaros, ni en la Edad Media, ni en las conquistas de los musulmanes, ni en la guerra de Rusia en Polonia, ni en la Austria en Italia y en Hungría, ni en los desastres de los carlistas de España, ni en la actual sublevación de la India, se han encontrado bárbaros que arranquen de la cabecera del enfermo al médico para asesinarlo. A los ojos de ningún tirano ha sido delito curar al herido; el médico de ejército no se considera como prisionero; jamás se ha permitido disparar contra la bandera blanca de los hospitales de sangre, en medio de la guerra, los hombres todos respetan ciertas reglas de humanidad, cuya observancia es la gloria del valor.

Pero Díaz Covarrubias y Sánchez no fueron los únicos jóvenes civiles sacrificados, capaces de trascender la absurda y criminal decisión de Miramón y compañía.

“ ... Entre los prisioneros estaba Manuel Mateos, joven de 24 años que hace un año se recibió de abogado, y tenía felicísimas disposiciones para el cultivo de las letras, habiéndose desde niño dado a conocer por sus poesías, que respiraban un entusiasta patriotismo, y en que cantaba las glorias de nuestros primeros héroes.

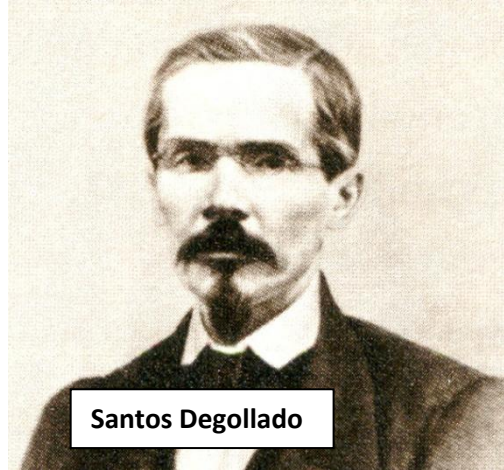
“Este joven valeroso, instruido e inteligente, había combatido varias veces contra la reacción; hacía pocos días que, después de haber sufrido una larguísima prisión, se había incorporado al ejército federal.

“Llevado al suplicio, camina sin temblar, indaga quienes han muerto antes que él, cuando quieren fusilarlo como traidor, se irrita, forcejea para recibir las balas por delante, y arenga a sus verdugos diciéndoles que: ‘los perdono porque no saben lo que hacen cuando consienten en asesinar a los que luchan por darles libertad’ y agrega que hace votos porque su sangre no sea vengada, dice que no le aterra la muerte porque ha cumplido con sus deberes de mexicano y acepta gustoso el sacrificio de su vida... Sus palabras son interrumpidas por las balas que le hieren el pecho; un oficial ha tenido miedo de que siga hablando y manda hacerle fuego antes de tiempo.

“Cuando este joven fue como voluntario a la campaña de Puebla y estuvo en la batalla de Ocotlán en medio de la confusión dd aquel día, descubrió a su lado a unos oficiales reaccionarios que estaban perdidos. Mateos se acerca ellos, le da a uno su caballo, y así los salva, trayéndolos a México y ayudándoles a ocultarse mientras pueden obtener el indulto. Uno de los oficiales así salvados por Mateos, era ayudante de Haro y Tamáriz. ¡Y

hombre tan generoso perece en la flor de su edad, sin encontrar un corazón amigo⁷!

El caso de estos jóvenes, notable, no fueron los únicos. En total sumaron 53 los civiles asesinados a sangre fría por órdenes de Miramón, Márquez y Mejía. Todos ellos neutrales y que pagaron con su vida tratar de auxiliar a las víctimas de una batalla, sin importarles de cual bando fuesen.



Santos Degollado

“Entre las víctimas – agrega Juan A. Mateos – se oyen crueles despedidas, gritos de los que pedían un confesor, plegarias dirigidas a Dios, y vítores a la libertad. Algunos habían sido prisioneros, otros no tenían más culpa que estar cerca del teatro de los sucesos; unos eran artesanos, otros labradores; muchos quedaron con los rostros tan desfigurados, que nadie ha podido reconocerlos ¡Mártires sin nombre, pero cuya sangre no dejaré por esto de caer sobre las cabezas de sus asesinos! Entre los testigos de esta tragedia, muchos lloraban, y a veces soldados y oficiales abrazaban a sus víctimas.

Los 53 cadáveres quedaron amontonados unos sobre otros, insepultos y enteramente desnudos, porque los soldados los despojaron de cuanto tenían, y de paso saquearon algunas casas. Las madres, las esposas, los hermanos, los hijos de las víctimas, acudieron al lugar del trágico acontecimiento, reclamaron a sus deudos para enterrarlos y se les negó este último y tristísimo consuelo. A los dos días, los cadáveres fueron echados en carretas que los condujeron a una barranca, donde se les arrojó y donde permanecen insepultos.

El fracasado Miramón, como todos los perdedores, quiso poner un punto final brillante, a su manera, a esta acción. Y lo logró.

“El licenciado don Agustín Jáuregui estaba tranquilo en su casa de Mixcoac, al alado de su esposa y de sus hijos, sin haber tenido la menor relación con los constitucionalistas. “Era hombre que, si bien deploraba los males del país, estaba exclusivamente consagrado a su familia. Un infame, cuyo nombre ignoramos, lo denuncia a Miramón como hombre de ideal liberales, y esto basta para que lo mande aprehender.

“Jáuregui tiene aviso de esta denuncia; duda, nada teme, sus deudos le aconsejan la fuga, pero era ya tarde; una gavilla de soldados se apodera de él, y maniatado es conducido a Tacubaya. No se le pregunta siquiera su nombre, el llevado al matadero y cae fusilado como los otros.

⁷ Op. Cit. Pags 405-406

“¿Cuál era su delito? ¿De qué se le acusaba? Nadie lo sabe”⁸

A los hombres que perdieron la vida en este episodio se les conoce como “*Los Mártires de Tacubaya*”. Fueron víctimas de la sed de sangre de Miramón y sus compañeros Leonardo Márquez y Tomás Mejía. Después de este incidente, la lucha entre los constitucionalistas encabezados por Juárez, aunque prolongada acabó por llevar al triunfo a Juárez y los suyos.

Los conservadores no se resignaron, trajeron a Maximiliano y Juárez volvió a su peregrinaje perseguido por los franceses y los “malos mexicanos”, como los llama Riva Palacio en “*Calvario y Tabor*”. Estos “malos mexicanos” eran encabezados por Miramón, Márquez y Mejía quienes lucharon al lado de los invasores franceses, matando mexicanos.

Finalmente Mariano Escobedo logro cercar a Maximiliano y sus tropas en Querétaro y el inocente invasor cayó prisionero junto con Miramón y Tomás Mejía. Se les instruyó juicio y fueron encontrados culpables de Traición a la Patria y fusilados en el Cerro de las Campanas. Antes de recibir la descarga, Miramón pidió que los suyos lucharan por quitarle el epíteto de Traidor a la Patria. Hay algunos que todavía luchan por lograrlo. No lo han logrado porque los hechos pueden ser interpretados, pero ni cambiados, ni ocultados.

Se dice que “todo lo que se hace, se paga”. En el caso de Leonardo Márquez, esto no fue cierto. Cuando estaba en Querétaro con Maximiliano, Miramón y Mejía, se dio cuenta de que la situación militar estaba perdida. Pretexto que debía organizar tropas en México pero huyó hacia Cuba en donde, tranquilamente murió. Así son los asesinos y traidores.

⁸ Op. Cit, pag 407